

Coherentes y consecuentes

Este artículo se escribe el mismo 30 de junio, día en que el Congreso de los Diputados del Estado Español aprueba, con el voto en contra del Partido Popular (menos el de Celia Villalobos que votó a favor) y de algunos miembros de Unión Democrática de Cataluña, la ley que autoriza los “matrimonios” de parejas homosexuales en absoluta igualdad ante la ley con las parejas heterosexuales (hombre y mujer), que desde siglos inmemoriales y, por supuesto, pre-cristianos constituyeron en la inmensa mayoría de las culturas y países el único y verdadero matrimonio.

Cuando ustedes lo lean, pasado un mes o más, ya se habrá celebrado un buen número de matrimonios entre homosexuales; y es probable que el actual clima de enfrentamiento social con motivo de esta ley haya perdido intensidad y apasionamiento.

Permítannos, sin embargo, que ante un hecho de tal entidad y antes de emitir nuestro juicio demos un rodeo hablando de coherencia y consecuencia, referidas a nuestra sociedad y a distintos colectivos de la misma, actores y protagonistas en más o menos grado del drama representado.

Porque tenemos la impresión de que nuestra sociedad, la española, pero también la europea y la integrada por las naciones del llamado primer mundo, está viviendo con la alegría y el despilfarro del bien vivir con que las amplias clases medias de Europa vivieron los primeros años del siglo XX hasta que les estalló en las manos la primera guerra mundial.

Nuestra aspiración hoy -y por la que se lucha con ahínco- es a “vivir bien”, entendiendo por ello disponer de medios económicos y disfrutar al máximo del confort que tales medios pueden proporcionar, desde el adosado, por ejemplo, hasta las vacaciones en el extranjero pasando por los coches de lujo. Sabemos ¿cómo no? del paro, de la precariedad en el trabajo, de la inasequible vivienda; pero el “tono social” -conscientemente, sin duda, provocado por la publicidad llevada al

paroxismo por los intereses del mercado- es el de una sociedad opulenta. No en vano nuestra renta per cápita, aunque pésimamente repartida, ronda los 20.000 euros.

Tono social, por lo demás, que constantemente alimenta en todas las personas un ansia irrefrenable de mayor bienestar. Por ello **las luchas reivindicativas de los diversos colectivos de nuestra sociedad son más bien para lograr mayores cotas de bienestar para las personas en tanto que individuos antes que para implantar “la justicia social”** que logre la equidad desde la fraternidad y que esté orientada más a la comunidad social que a los individuos, a dar estabilidad a la sociedad y no a enriquecer individuos (Y ¡qué individuos!).

Decimos todo esto porque, mientras aspiramos, vivimos o deseamos permanecer para siempre en la sociedad de la opulencia, ésta está dejando al descubierto las enormes grietas que pueden acabar con ella en la ruina. Nos referimos a nuestra abismal desigualdad con los pobres del mundo y a la incapacidad de que todos puedan vivir a la altura de nuestro bienestar, al deterioro tal vez irreversible de los recursos naturales por agotamiento o degradación y a la peligrosa carrera de armamentos a que se ven impelidas las naciones ricas para preservar su bienestar y asegurar el aprovisionamiento de las materias primas que necesitan. La interacción de todos estos factores nos colocan a todos, si no se reacciona, al borde de la destrucción física y, ¡cuánto más!, de la desaparición de nuestra sociedad como modelo de civilización.

Y, sin embargo, a las personas corrientes y molientes de nuestra sociedad tal situación o no les preocupa, o se sienten impotentes ante ella, o la dejan en manos de los políticos y de los expertos. La consecuencia en todos los supuestos es el desentendimiento. Y cuando se manifiestan al respecto (manifestaciones contra la guerra, contra la pobreza, contra el hambre, etc.) **ni se asume un compromiso continuado; ni se es consciente de los sacrificios que las sociedades opu-**

lentas -también la nuestra- tendrían que afrontar para cambiar la situación y que habría que estar dispuestos a aceptar; ni, en consecuencia, se exige a los gobernantes programas y actuaciones que cambien en profundidad la actual situación de injusticia social; ni se descubren y emprenden caminos que, sin recurrir a la violencia física, sean eficaces para doblegar la voluntad de los detentadores de la riqueza y el poder.

Se diría que cada cual, transido de impotencia, se dedica a “vivir su Vida” en las mejores condiciones posibles *mientras la situación lo permita*. Esta desconexión entre la realidad amenazante y el comportamiento de los individuos es lo que constituye la incoherencia e inconsecuencia de nuestra sociedad y la que hace que, abandonando la gran tarea de estructurar la sociedad sobre parámetros de justicia universal, nos centremos en la defensa de nuestros derechos individuales o de grupo. **Nos falta ordenar “los derechos humanos” en una escala de prioridades atendiendo a su cercanía a la vida misma de las personas, a la urgencia en el tiempo y a las consecuencias sociales que implican su no cumplimiento.** Hay que decirlo alto y claro: el derecho de cualquier pobre a disponer de las medicinas que le curen o le alivien el sida está por encima y es prioritario sobre el derecho a la cirugía estética de cual-

quiera de nuestros famosos (o no famosos); el derecho de una familia a una vivienda está por encima del derecho de una nación a unir sus ciudades con trenes de alta velocidad, y el derecho a salir de la pobreza del pueblo de Bolivia debe primar sobre la ¿justa? retribución a los accionistas de Repsol.

Volvamos ya al tema inicial. **Si nuestra sociedad fuese coherente y consecuente, hubiera puesto, por ejemplo, en la discusión previa al referéndum sobre la constitución europea al menos el mismo ardor que ha puesto y está poniendo en relación con la ley sobre el “matrimonio” de parejas homosexuales.** Es contradictorio ser sensible a los derechos que para sí defienden determinados grupos o colectivos más o menos extensos e influyentes y no serlo en relación con derechos que afectan, diríamos, a la mayoría de los ciudadanos del mundo. Nos entenderían fácilmente lo que queremos decir si hubiesen podido observar la cara de asombro y desconcierto de un grupo de campesinos indios, amenazados con la expulsión de sus tierras, cuando durante un encuentro en Europa para planear estrategias globales en defensa de los derechos humanos se encontraron con que la mayor parte del tiempo trascurrió hablando de la defensa y derechos de los Transexuales. Y es que algunos corremos tanto que perdemos de vista al resto de la sociedad, y del mundo. Espera-



mos nos comprendan las personas homosexuales si afirmamos que su problema -que, desde luego, es un problema serio y está bien que se resuelva- no es el más urgente ni el más importante de los que debe abordar nuestra sociedad y que, incluso, puede ser una columna de humo para desviar la atención de otros problemas para los que, quizá, no exista voluntad de abordarlos.

El Gobierno en este asunto tal vez sí sea coherente y consecuente. Tiene que ocultar sus vergüenzas, -vergüenzas añejas ya en su partido- las de haberse apartado radicalmente de todas las tesis auténticamente socialistas mediante la aceptación de todos los presupuestos básicos del capitalismo (*los recordamos una vez más: el derecho de propiedad individual ilimitada y los derechos "personales" -en competencia y hegemonía con las demás personas físicas y morales- del dinero; ambos derechos, sagrados e intocables*). Hay que ver, por ejemplo, cómo parchea y naufraga el actual Gobierno en el tema de la vivienda, porque la propiedad del suelo es intocable y los beneficios de las empresas constructoras también. Eso sí, deja la puerta abierta para que el ciudadano "se hipoteque" para toda la vida a mayor gloria del sistema financiero.

Por eso **al Gobierno no le queda más remedio que ser "progresista" y hacer concesiones en todo aquello que deja intacto el sistema socio-económico, pero que, bien promocionado, una parte notable de la sociedad acepta con entusiasmo como la conquista de un derecho. Y así, por decreto, legisla y decreta con el apoyo de los suyos que es igual lo que no es igual.** De paso contribuye a ahondar la división y el enfrentamiento en la sociedad.

Con todo el respeto a las personas homosexuales, cuya dignidad como tales personas está para nosotros fuera de toda duda, *entendemos que la unión hombre-mujer, abierta por principio a la generación, es una realidad distinta de la unión de pareja homosexual, so pena de que para la transmisión de la vida humana, tanto la física como la psíquica y moral, consideremos irrelevante la existencia diferenciada de dos sexos distintos.* Desde luego, por ese camino se puede andar y ya

algún científico hasta habla de que puede prescindirse del útero materno para la procreación. El problema es que no podemos saber de antemano dónde podemos terminar por tal camino y a qué consecuencias nos enfrentáramos después.

También afirmamos que el amor, entendido como entrega gratuita al otro (o a los otros), puede revestir y de hecho reviste diversas y variadas formas; pero sin olvidar que, para que sea auténtico, no puede violentar las realidades más evidentes de la naturaleza de las personas así como tampoco sus circunstancias individuales y sociales y su normal inserción en la sociedad. Por ello, **encontramos razonable y necesaria una legislación sobre las uniones homosexuales, pero sin emborronar por ello la naturaleza de las uniones heterosexuales, confundiendo realidades que son distintas.** A realidades distintas, legislación distinta.

En consecuencia, creemos que el Gobierno ha cometido, cuando menos, una gravísima imprudencia legislando como lo ha hecho. Ha ido más allá de lo que el consenso -que tan ardientemente busca en otras cuestiones- y la realidad de los hechos y situaciones exigían.

Pero ¿cómo olvidar en este asunto el protagonismo de la Jerarquía de la Iglesia Católica, aunque haya salido perdedora puesto que se ha legislado, en el fondo y en la forma, en contra de su opinión y doctrina?

Desde luego está en su perfecto derecho de opinar, exponer, defender y razonar en este y en otros asuntos que considere oportuno, y no solamente de cara a sus fieles sino dirigiéndose a toda la sociedad en libre concurrencia con otras ideologías y otros colectivos (muchos de ellos tan perfectamente organizados o más que pueda estarlo la Iglesia y con decidida voluntad de influir en el devenir de la sociedad). Aquí sobran apasionamientos. Ni imposiciones de la Iglesia ni desautorización sistemática de la misma, sino sano diálogo y mutua escucha. Pocas religiones han racionalizado tanto sus creencias -desde luego en confrontación, con frecuencia dura y difícil, con el pensamiento humano y el devenir de la historia-, como lo han hecho las Iglesias cristianas con inclusión de la católica.

Algo de sabiduría, por tanto, puede haberse acumulado en ella en dos mil años y sería bueno aprovecharla. Escuchar sus razonamientos en esta cuestión que nos ocupa en modo alguno perjudicaría a la convivencia social.

Sin embargo, queremos resaltar lo que consideramos incoherente en su actuación en este caso (pero que puede aplicarse a otros muchos) sin pretender desde luego ser exhaustivos.

La “oficialidad” en nuestro país de la Iglesia Católica, a lo largo de la historia y hasta prácticamente nuestros días, ha creado en amplios sectores de nuestra sociedad una verdadera psicosis de rechazo a la opinión de la Iglesia porque se la considera como una voluntad de imposición autoritaria. En este contexto creemos que la Iglesia en su forma de actuar y exponer ha de ejercer con sinceridad y profundidad la virtud de la humildad. Vivir lo que predica y predicar lo que vive, y, después, dejar a la libertad humana que ejerza su responsabilidad; aceptando el derecho de todos a equivocarnos. Porque, si a un talante autoritario unimos un talante agresivo y exclusivista en la posesión de la verdad de las personas y movimientos incondicionales de la Jerarquía, aparte de aumentar el rechazo social, estaremos ahondando en la confrontación y división social.

Ante los ojos de amplios sectores de la sociedad no aparece la Jerarquía y la Iglesia en su conjunto participando en la lucha por la paz, por la erradicación de la pobreza y por los demás derechos sociales (trabajo, vivienda, etc.) con el mismo ardor y visibilidad con que lo hace en el tema del “matrimonio” de los homosexuales.

Hubiese sido reconfortante ver obispos -y junto a ellos a quienes con toda la razón de su parte se manifestaron arduosamente a favor de la familia- en las manifestaciones por la paz, por la abolición de la Deuda Externa, contra la actuación del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional, etc. Porque la guerra, el hambre y la injusticia están matando millones de hijos de Dios. No es fácil explicar por qué están en unas sí y en otras no. Se da la impresión de que se tiene

miedo o se está más cerca de los que detentan el poder económico o de los partidos políticos más proclives a la defensa del actual sistema socio-económico; partidos a los que viene bien aparecer en determinados temas defendiendo la postura de la Iglesia para que ésta haga la vista gorda en temas de justicia social y económica donde ellos están a años luz de la llamada doctrina social de la Iglesia. Tratándose de guerras, hambre y muerte no valen solemnes declaraciones; hay que ser consecuentes con hechos y actitudes

Otra incoherencia, y no pequeña, es que en estas cuestiones tengan más protagonismo los Obispos que los seglares. Porque o no se quiere que haya seglares adultos o se ha fallado en la formación específica de los mismos y no se puede confiar en ellos.

De otras incoherencias eclesiales podríamos seguir hablando como, por ejemplo, de actuar ante el estado como si se fuera otro estado, como si de dos entidades políticas se tratase, cuando los planos de perspectiva y de actuación son específicamente distintos, si no queremos desvirtuar precisamente la peculiaridad de lo religioso. Pero basta por hoy.

Finalmente, a nuestros amigos homosexuales queremos pedirles que, del mismo modo que exigen con razón de los demás que los acepten y reconozcan como son, también ellos acepten su realidad con lo que tiene de común con los heterosexuales y lo que tiene de específico y diferente, sin forzar ir más allá de lo que la verdad pide.

Por lo demás, puesto que han demostrado tener fuerza e influencia social e, incluso, medios económicos abundantes como demuestra, por poner un ejemplo, la suntuosidad de las carrozas de sus desfiles, **estaremos encantados de que pongan su peso y poder en la sociedad al servicio de la causa de la paz y de la justicia que se debe a los pobres, los de nuestro país y los del mundo entero.**

Todas las personas y colectivos de nuestra sociedad tenemos mucho que examinar, revisar y corregir para lograr en nuestra sociedad una pacífica convivencia en justicia y solidaridad. Pongámonos a ello.